

LECCIÓN INAUGURAL 2000

P. Luis Ugalde, S.J.

Saludo

Por primera vez damos comienzo al curso del ITER como miembro de la Universidad Católica Andrés Bello. Autoridades, profesores y estudiantes del ITER bienvenidos a esta gran familia de 13.000 estudiantes, más de 1.000 profesores y 40.000 egresados.

El ITER ha entrado al nuevo milenio con dos pasos institucionales de gran importancia, como son la agregación a la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) de Roma y el reconocimiento civil de la carrera de teología en Venezuela por medio de la Universidad Católica Andrés Bello. También para la UCAB este paso es de singular trascendencia, pues le permite cumplir más adecuadamente con su sentido de servicio a la Iglesia.

El paso de integración a la UCAB sin duda ofrece al Instituto de Teología nuevas **oportunidades**, pero no está exento de **peligros**, que consideramos se deben tener presentes desde el principio, para fomentar aquellas y evitar estos.

Quisiéramos mencionar el **peligro de perder autonomía y creatividad** al integrarse a un cuerpo mayor con años de funcionamiento, con su estilo y rutinas establecidas. A éste se correspondería por parte de la UCAB el peligro de no reconocer en la práctica la especificidad del ITER. Nuestro reto está en combinar el alto nivel de exigencia universitaria con la flexibilidad necesaria para que el ITER tenga una gran creatividad propia. La tentación que pudieran tener CONVER, las Congregaciones Religiosas y la Directiva del ITER, sería la de **delegar en la Universidad responsabilidades e iniciativas que les corresponden** y que nadie puede asumir por ellos. Juntos velaremos para que con este paso **no se diluya la especificidad fundacional** del ITER que nació con objetivos bien precisos que se entienden dentro de la evolución y dinámica de la Vida Religiosa en Venezuela.

Lo más importante en este momento es que todos veamos la significación trascendental que tiene el paso de reconocimiento civil de la carrera de

teología y las posibilidades de crecimiento cualitativo que ofrece la pertenencia a la UCAB, justamente para cumplir mejor con los fines y objetivos específicos del ITER.

ORIGEN Y RAZÓN DE SER

Conviene asumir y renovar con toda decisión el propósito original que, luego de larga reflexión y discusión, llevó hace más de veinte años a los superiores religiosos a crear el Instituto de Teología para Religiosos, presentarlo a la Iglesia local y a la Santa Sede y decidir que cada congregación hiciera su mejor aporte a fin de que, con este esfuerzo intercongregacional, el ITER llegara a ser una instancia clave para que la vida religiosa “acontezca” en Venezuela. Como toda novedad, el ITER al comienzo tuvo dificultades, desconfianzas y objeciones, que un directo diálogo eclesial y el tiempo, fueron aclarando y superando. La Congregación de Religiosos aprobó y renovó sus Estatutos y en más de una ocasión a partir de 1986 los presentó como ejemplo para otros institutos intercongregacionales de teología en países latinoamericanos.

Hoy, cumplidos los 20 años, el ITER muestra una realidad, una cosecha, que le permite ser apreciada por sus frutos. Además se ha concretado la posibilidad de colaborar con el CER, centro que ha rendido extraordinarios servicios a la formación religiosa femenina. Uno de los signos de madurez del ITER ha sido la agregación a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, que supone un crecimiento y un reconocimiento importantes.

Pero no basta con que los estudios sean reconocidos intraeclesialmente, la comunidad cristiana es levadura y signo de esperanza en el mundo; los estudios teológicos no son significativos sólo para un puñado de iniciados en las cosas de Dios. La comunidad eclesial venezolana vive enraizada en esta realidad su fe, la fe común de la Iglesia Católica, que se extiende en el tiempo y en el espacio y se encarna en cada pueblo y cultura transformándolos. En la sociedad venezolana los religiosos compartimos los problemas, el sentido de la vida y las esperanzas, con todos los hombres y mujeres de este país. La teología es servidora de la fe y ésta de la vida, como luz y fuerza en el camino de todos. Con la teología, la comunidad cristiana trata de dar razón de su vida trascendente y abierta a sus hermanos y a Dios.

Por eso tiene singular importancia el hecho de que estemos empezando el nuevo milenio en Venezuela con la pacífica y acogedora aprobación por parte del Consejo Nacional de Universidades (CNU) de los estudios de teología, como estudios universitarios con pleno valor civil. Con el reconocimiento de la Universidad Santa Rosa, en la que estudia la mayor parte del clero diocesano, y

la aprobación por el CNU de la licenciatura en teología del ITER a través de la UCAB, la sociedad venezolana y su Iglesia dan un trascendental paso de madurez, que contrasta muy favorablemente con la realidad que teníamos al entrar al siglo XX, e incluso con la de hace apenas 10 años.

Sabemos que la Iglesia y la Vida Religiosa tuvieron una trascendental presencia en la formación de la identidad y de la nacionalidad venezolana. En la **sociedad colonial**, su existencia y acción fueron omnipresentes, pero con dos limitaciones importantes. En primer lugar se trataba de una sociedad colonial con las limitaciones que ella tiene y además con una peculiar combinación entre la espada y la cruz, con alianzas y superposiciones entre el poder civil y el eclesiástico, propias de la Ley del Patronato, que produjeron subordinaciones y complicidades. La Iglesia ya en el siglo XVII, al crear en 1622 la Congregación de Propaganda Fide, reconoció los inconvenientes de ese tipo de regímenes, pero en nuestro país no se pudo liberar del Patronato hasta 1964. Antes de llegar al Modus Vivendi, que daba a la Iglesia más autonomía del poder civil, se vivieron una serie de traumas y conflictos que entre otras cosas pasaron por la expulsión de los obispos, cierre de seminarios y supresión de todas las comunidades de vida religiosa. El restablecimiento y la recreación de la VR en Venezuela fueron lentos a partir de 1889, con novedades tan significativas como la fundación de congregaciones religiosas venezolanas y la presencia creciente de congregaciones femeninas apostólicas en el ámbito de la educación, de la salud, o del trabajo con indígenas. A lo largo del siglo XX la vigorosa acción educativa de religiosos y religiosas fue preparando nuevas generaciones de laicos con aprecio profundo de la Iglesia y de la VR, así como una religiosidad más adaptada a la vida moderna y con presencia laical activa en la vida profesional y pública. En las últimas décadas postconciliares ha habido gran creatividad en la multiforme presencia de la VR en los sectores de menores recursos y con un acompañamiento de vivencias espirituales enriquecedoras.

Este aprecio se ha traducido en el hecho de que más y más jóvenes venezolanos y venezolanas opten por la VR. En consecuencia, las congregaciones han hecho la opción de abrir noviciados en Venezuela y esforzarse para que la VR, sin perder su sentido universal, se haga más venezolana y encarnada en nuestra realidad, de tal manera que se nutra de la fe de nuestro pueblo.

CAMBIOS POSTCONCILIARES

El desarrollo de la dinámica religiosa y de la reflexión postconciliar que la actualiza, han permitido el florecimiento de muchas formas de **trabajo intercongregacional** en el país y sobre todo ha llevado a hacer un gran esfuerzo

formativo conjunto. Es la historia de SECORVE y de CONVER, del CER, del ITER, de la AVEC, de Fe y Alegría y de tantas otras iniciativas que nos han potenciado para el servicio de conjunto a la Iglesia, sin perder el específico carisma de cada congregación. La idea de que las congregaciones en Venezuela no se priven de la presencia renovadora de los jóvenes en sus comunidades durante sus primeros 10 años de vida religiosa, cobra especial significado en casi todas las congregaciones en las que hasta hace poco la gran mayoría éramos de origen extranjero. Esta **presencia de cientos de formandos en el país** fue posible gracias a la sabia decisión de abrir las casas de formación en Venezuela y no tener que enviar a los jóvenes a Europa durante su primera formación; aunque más tarde sea muy conveniente.

Permítanme aportar mi testimonio personal, que con pequeñas variantes, es el de la mayoría de los religiosos venezolanos nacidos aquí o llegados antes de 1965. Yo llegué a Venezuela a los 18 años a comienzos de 1957 con la firme decisión de nacer de nuevo como venezolano desde mi opción religiosa. En consecuencia, nuestra despedida de la familia y del país de origen era de por vida, sin siquiera la visita familiar periódica, cuya posibilidad se abrió en los tiempos postconciliares. Nos nacionalizábamos venezolanos, no como un simple trámite legal, sino como un esfuerzo de encarnación, de identificación con el país y con la Iglesia venezolana, asumiendo un compromiso espiritual serio de servir a su pueblo hasta la muerte; de servirlo como religiosos, es decir como consagrados a Cristo y como testigos de su Buena Nueva.

Sin embargo, esa opción antes de dos años vivía la circunstancia de tener que salir del país para estudiar la filosofía y las letras primero y luego la teología, fuera de Venezuela. En mi caso el éxodo fue a Colombia y a Alemania. Todos los de mi generación éramos enviados a muy diversos países como Italia, Francia, España, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Austria, Canadá, Irlanda, Estados Unidos y otros. Es evidente la riqueza formativa que esa variedad aporta, pero no es menos cierto que esos estudios nuestros no se podían nutrir de las vivencias específicas de la fe de la comunidad cristiana en Venezuela; vivencias necesarias o convenientes para dar razón de nuestra fe en esta comunidad y para nuestro acompañamiento a un pueblo que necesita de la reflexión teológica y creatividad pastoral. Nuestro país se privaba tanto de los estudiantes como de la comunidad profesoral dedicada a hacer teología desde Venezuela.

En consecuencia, el conjunto de la Vida Religiosa, su vida comunitaria y su pastoral, eran privados de cientos de jóvenes en una edad creativa. En el tiempo postconciliar cada vez más esos jóvenes estudiantes eran nativos, en congregaciones que todavía mayoritariamente no lo eran. El deseo de que Venezuela

no fuera mera ubicación geográfica para la vida religiosa, sino un lugar de creatividad, de renacimiento del carisma originario de los fundadores, con capacidad de reflexión nutrida del humus propio, hizo que las congregaciones en conjunto, luego de un concienzudo discernimiento espiritual, camináramos en esa dirección. El Espíritu Santo, que guía y vivifica a la Iglesia en su encarnada presencia en tan variados pueblos y circunstancias, animó este proceso. Ni siquiera faltaron las dificultades e incomprensiones propias de las obras de Dios, que ayudaron a purificar y confiar sólo en El.

Algo similar se podría decir del esfuerzo intercongregacional del CER, que ha permitido a muchos cientos de jóvenes venezolanas estudiar juntas y compartir la alegría de la vocación consagrada sin sentir que para ello debían hacerse extranjeras en su tierra y sin que ello desdibujara la vivencia del específico carisma de cada congregación.

El tiempo ha demostrado- si alguien tenía duda – que el ITER es una bendición de Dios para Venezuela.

NUESTRO APORTE ESPECÍFICO

Ahora, con la agregación a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y con la incorporación a la Universidad Católica de Caracas, el horizonte de posibilidades se amplía espléndidamente. Por eso en la apertura de este curso no estamos celebrando un punto de llegada, sino iniciando un punto de partida. Cuanto mayores sean las posibilidades, más crecen las responsabilidades y las exigencias. Nosotros desde la Universidad nos comprometemos a apoyar la originaria responsabilidad fundadora de la CONVER y la autonomía creativa de la Directiva del ITER. Queremos manifestar sin ambigüedades nuestra colaboración personal e institucional en este sentido y deseamos que esta nueva etapa sirva de estímulo para que cada Congregación, de acuerdo a sus posibilidades, haga su mejor aporte en profesores, estudiantes y recursos económicos, para que el ITER sea un vigoroso centro de estudios al servicio de la Vida Religiosa en Venezuela.

Sé que el rector Juan Pablo Perón y el Consejo de Dirección del ITER vienen con nuevas iniciativas y planes para ampliar las opciones y desarrollar los estudios de teología hasta llegar, en fecha no lejana, a convertirse en una Facultad de la UCAB. Recibimos con entusiasmo este propósito de crecimiento cualificado y, de común acuerdo, iremos dando los pasos que se requieran.

Pero creo que este acto de apertura del curso no es el momento de abundar en aspectos organizativos. Más bien quisiera su benevolencia para manifestarles dos o tres ideas sencillas sobre los aspectos cualitativos de la manera

de hacer teología que sean garantía de agua fresca, pura y vivificadora para el pueblo cristiano y para la sociedad venezolana a la que servimos como seguidores de Jesús.

1. Evitar el complejo de doctor. La Universidad tiene sus tentaciones y peligros específicos. El mayor y más abarcante de todos es creer que se es más universitario cuanto más alejado de la realidad que nos circunda; pero la necesaria abstracción como un momento particular en el proceso intelectual, no puede pretender la plenitud de la verdad, que siempre se realiza en el servicio a la vida concreta de la gente. No creemos en medicina que no cure, ni en economía que no produzca, ni en derecho que no mejore la justicia. Menos podemos creer en teología que no sea luz y vida para la comunidad cristiana. El último examen de alumnos y de profesores siempre se presenta en la vida y en ella, seremos juzgados en el amor y el servicio que hayamos puesto para defenderla, incrementarla y hacerla imperecedera. Si esto es cierto para esas ciencias, lo es más para la teología cristiana, la de los seguidores de Jesús, que vino y se dio a sí mismo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Esta teología debe ser simplemente servidora, “ancilla” de la vida cristiana y de la vida humana y para serlo debe nutrirse de ella.

Es absurdo, pero muy frecuente, el hecho de que el estudio universitario lleve al alejamiento de la realidad, que debe ser objeto estudiado y transformado. En el caso de la teología lo es más puesto que no se puede separar plenamente el sujeto que estudia del objeto estudiado. El objeto es la fe y su estudio requiere que el sujeto sea hombre y mujer de fe. Sólo con los ojos interiores se ilumina la comprensión del misterio humano y del misterio divino, y la razón nunca logrará que dejen de ser misterios, comprendidos vivencialmente por quien los vive. Comprensión de la fe y de la vida cristiana son razonables, pero que de ninguna manera como la conclusión de un proceso meramente racional.

2. Nutrirnos de la fe de la comunidad. Se nos ha dicho que en los grandes teólogos la oración de rodillas formaba parte central de la preparación de sus clases. Esto ha de ser verdad para los profesores y los estudiantes del ITER. Pero hay más, nuestra fe se alimenta de la fe de la comunidad, de su oración, de su amor... Nuestra primera vivencia cristiana se nutrió en nuestras familias con la vida cristiana de creyentes que muchas veces casi eran analfabetas: madres y abuelas que tenían la sabiduría de Dios, aunque carecieran de la ilustración universitaria.

Nosotros, como universitarios, ciertamente debemos hacer un ejercicio riguroso y exigente de la racionalidad, pero cuidando con particular esmero

de no privar a esta reflexión y estudio del humus nutritivo de la fe de la comunidad. La teología nos acerca a la comunidad y el aprecio que ella tiene de nuestra específica vocación de evangelizadores, nos ayuda a descubrir en concreto nuestra identidad de consagrados, ciertamente distinta de otras muchas profesiones dignas y necesarias. La comunidad cristiana no es pues para nosotros un objeto al que debemos formar y cambiar, ni un campo que recibe pasivamente nuestras prácticas pastorales, sino sujeto nutricio que da y recibe y nos capacita para hacer teología viva. Esta comunidad podrá ser la más pequeña y humilde comunidad de base, o la comunidad parroquial, diocesana o nacional, entendidas como presencia local de la Iglesia universal. La variedad particular en la unidad no es una táctica de adaptación, sino expresión de la total cercanía de Dios a cada persona y a cada pueblo en su identidad, al mismo tiempo que afirmación de una Iglesia que es signo visible del amor de Dios para todos los pueblos, capaz de transformar los corazones hasta hacer real la unidad en la diversidad.

Sin la fe y sin la vida cristiana de la comunidad, Jesucristo quedará reducido a un personaje histórico de dudosos rasgos comprobables y sus enseñanzas - unas veces como filósofo y otras como reformador social - a elementos de sabiduría humana que se ofrecen en el gran bazar al que acude la sed humana para probar variadas novedades. Así, vana sería nuestra fe y nuestra esperanza, si Jesucristo no es el primero de nosotros, resucitado por el Padre y puesto para salvación nuestra.

No olvidemos que sin la primera comunidad cristiana, sin la Iglesia de carne y hueso, no hay evangelios, ni dogmas, ni sacramentos. La primera comunidad cristiana que se refleja en los Hechos de los Apóstoles y en todos los escritos neotestamentarios, es la que escribe los evangelios, la que gradualmente va configurando los sacramentos y formulando los dogmas a partir del Jesús histórico y su mandato y la iluminación circunstanciada del Espíritu Santo que Él nos prometió. El legado de Cristo Resucitado, la referencia irrenunciable al Jesús histórico y su seguimiento y la presencia del Espíritu prometido por Él, hacen que la comunidad cristiana, dirigida por el Colegio apostólico y sus sucesores, se sienta autorizada y en capacidad de responder a las necesidades, a las interrogantes humanas en cada cultura, al sentido de la vida y a las preguntas éticas que se presentan a nuestra acción cristiana. Esto es hacer teología.

Precisamente una de las principales razones de la creación del ITER, y de todos los esfuerzos latinoamericanos de creación teológica en las últimas tres décadas, después del Concilio Vaticano II y de Medellín, es esta necesidad de nutrirse de la comunidad concreta y responder a su vida, uniendo nuestras experiencias, aspiraciones y sufrimientos con la iluminación que recibimos de la Es-

critura y la tradición como nos las trasmite la Iglesia. Porque la fe no es un mero recuerdo, ni un largo recuento de concilios y definiciones, sino creadora día a día en fidelidad a las esperanzas y las angustias de los hombres y mujeres y en fidelidad al mandato de Jesús.

Ello explica que en este Continente, traspasado por la pobreza y con la mayoría de los creyentes en situación de exclusión, tome especial relieve la evangélica opción preferencial por los pobres, que es el sello distinto de los seguidores del Reino en todos los tiempos y pueblos.

De ahí que para la Iglesia latinoamericana y para la Vida Religiosa en ella el masivo empobrecimiento con las diversas formas de negación de la vida, no sea un simple objeto de estudio, o tema de números y de estadísticas, ni de meros proyectos políticos, por revolucionarios que se consideren; esas condiciones y angustias son una interrogante central sobre la calidad de nuestra vida cristiana.

3. La razón servidora. La teología no es economía, ni sociología, ni política, más bien ayuda a descubrir la necesidad de la mediación de éstas y otras ciencias para producir vida y defenderla y a ser firmes en rechazar cualquier pretensión de absolutizarlos, sino afirmarlos como instrumentos que sirven a la vida. Así como la falta de Dios lleva indefectiblemente a la construcción de ídolos, así la falta de teología abona el terreno para la instrumentalización de la vida al servicio de otros poderes, haberes, saberes e ideologías, convertidos en ídolos absolutos.

Pocas realidades humanas han pretendido para sí un monopolio del saber y una absolutización más radical que la razón autoentronizada como Diosa Razón y presentada como fuente de la liberación plena. No sólo la fe y la teología, desdeñadas como oscurantistas, han resistido esta pretensión, sino que dos siglos de historia de éxitos y de avances científicos y tecnológicos debidos a la razón, han dejado patente su ambigüedad y su capacidad destructiva, que supera todo lo antes conocido, si la sabiduría y el amor no la convierten en servidora de la vida. Hoy como ayer sigue siendo cierto que, cada persona y la humanidad hacemos el mal que aborrecemos y no hacemos el bien que queremos (romanos 7). Así mismo, cualquiera que sea la formulación, es cierto que en cada uno de nosotros y en la humanidad la “aspiración de la carne es muerte” y la “aspiración del espíritu es vida y paz”(rom 8,5); y que ambas aspiraciones están y actúan en nosotros y en nuestra razón, que por lo mismo puede usarse para vida o para muerte. Hoy más que nunca están dadas las posibilidades para la vida de la humanidad, pero basta abrir los ojos para encontrar muerte, deformaciones cul-

turales, pobreza denigrante, no como fruto del atraso y de la ignorancia, sino como productos de una razón exitosa al servicio de los ídolos. Sencillamente, si Dios no llena el corazón humano, dándonos el Espíritu de hijos y de hermanos, la razón termina haciendo ídolos que exigen sacrificios humanos. La teología es una tarea racional que se nutre de todas las dimensiones de la persona humana, de su conocimiento, de su voluntad, de su corazón, de su espíritu, abierta a la comunicación de Dios en la fe y a la comunidad cristiana y su autoridad dotada del carisma de velar por la fidelidad al Evangelio.

En estos momentos de esperanza y de perplejidad de Venezuela, el ITER como Instituto autónomo y como Escuela de Teología de la UCAB, tiene un inmenso reto. Por eso al comienzo de este curso invocamos al Espíritu Santo que nos permitirá responder con creatividad y esperanza a las demandas y expectativas de la Iglesia Venezolana y de todo el País, junto con los otros centros de estudios teológicos existentes en Venezuela.

La presencia de representantes de la Santa Sede y del Episcopado nacional, nos permite expresarles nuestra convicción de que con esta nueva etapa del ITER, la VR y la UCAB están en mejores condiciones y decididos a rendir a la Iglesia y a Venezuela los servicios y frutos para cuyo cultivo fueron fundados.